

desventaja y discriminación: ruptura en el ciclo de la percepción de una mayoría grupal”, hacer un examen de los procesos de interacción que se dan en las redes del trabajo industrial.

Se apunta, de manera inicial, que las diferencias en los estilos de comunicación llevan a una discriminación indirecta de los trabajadores asiáticos. Sin embargo, el contenido cultural y la evaluación que se hace de las interacciones difiere de acuerdo con los valores de cada grupo. Los estereotipos que cada uno de ellos genera tienden a marcar de manera cada vez más severa la diferenciación social y étnica.

Un proyecto de lingüística aplicada en este contexto está destinado a la capacitación y concientización de los procesos inconscientes implícitos en las actitudes y a poner sobre aviso de los conflictos subyacentes en las estrategias comunicativas.

BÁRBARA CIFUENTES G.

LAVANDERA, Beatriz R., *Curso de lingüística para el análisis del discurso*, Bibliotecas Universitarias, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985.

El propósito de este libro es doble. Por un lado, presentar sucintamente “algunos modelos o enfoques lingüísticos que motivaron el desarrollo del análisis lingüístico del discurso y que siguen siendo instrumentales para este tipo de análisis” (p. 7). Por otro, adelantar, en algunos pasajes fundamentales del libro, una “propuesta personal” sobre el tema, es decir, un marco de análisis de las prácticas discursivas que, aunque deudor en aspectos importantes de las teorías y metodologías de autores norteamericanos y europeos tratados por la autora, constituye un enfoque novedoso, integrador y con una fuerte productividad heurística para llevar las tareas de investigar lo verbal más allá del nivel de la oración.

En varios momentos de un texto impregnado de una decidida vocación didáctica, Lavandera reconoce el carácter provisional de las aportaciones que trae a colación para construir una lingüística del texto. De hecho, habría que mencionar que su articulación de posiciones y corrientes, si bien manifiesta oportunidad y pertinencia en algunas áreas, deja no pocos cabos sueltos al tratar de conectar planteamientos tan dispares como los de la semántica generativa y el análisis conversacional etnometodológico. Es justo señalar, sin embargo, que la tendencia a la dispersión resulta consustancial a este tipo de trabajos, lo cual no escapa al ojo autocrítico de la autora, quien señala: “El análisis del discurso no constituye un área que esté precisamente deter-

minada y elaborada, cuyos conceptos sean indiscutibles y cuyas técnicas sean muy precisas. Es más bien un campo problemático que surge como resultado de planteos en diversas áreas y en el que confluyen distintas corrientes de la lingüística” (p. 11).

No cabe duda de que el estudio del lenguaje, en la peculiar forma en que lo ha recortado la lingüística estructuralista moderna, se encuentra desde hace algunos años en un periodo de agitada transición. Esta coyuntura está relacionada con la forma característica en que históricamente ha desarrollado sus avances la ciencia del lenguaje. Vista como una disciplina cuyo núcleo teórico-metodológico básico es un modelo de análisis por niveles, la lingüística se consolida por etapas que coinciden con el abordaje pleno de un nuevo nivel de la estructura lingüística. Ello señala un trayecto que va desde la Escuela de Praga con sus investigaciones sobre fonología, hasta la profusa confluencia de autores contemporáneos (los que presenta Lavandera) que se centran principalmente en los aspectos pragmáticos y de uso del lenguaje. Así pues, la lingüística del discurso no se separa en forma tajante de la morfología, la sintaxis o la semántica, sino que las supone. Más que negarlas, las completa en esa labor central de la lingüística contemporánea que la autora denomina “el análisis total del hecho de habla”.

Nos encontramos, entonces, frente a un trabajo de revisión y síntesis caracterizado por un denso eclecticismo que sólo se justifica porque es inevitable. El texto de Lavandera se autopropone como una exploración, no como una toma de partido dogmática. Esto no significa que no se ocupe de señalar caminos definidos, pero permite sistemáticamente el libre juego del contacto interdisciplinario. Para la autora, la lingüística del habla “exige metodologías variadas que van desde las que corresponden a las ciencias sociales hasta las metodologías experimentales, los modelos estocásticos, las técnicas antropológicas de observación como participante, y finalmente, en los enfoques más cercanos a la lógica, encontramos diversas propuestas de formalización” (p. 12).

Como trasfondo de este nuevo periodo de asimilación-acomodación en el campo disciplinario, se libra todavía —señala Lavandera— el debate entre la *lingüística dura*, que se quiere científica por el alto grado de formalización lógico-matemática al que ha sometido el componente computacional de los lenguajes naturales (Chomsky y sus continuadores), y la *lingüística blanda*, para la que resulta básico integrar a su objeto los otros componentes que interactúan con el componente computacional, a los que el tratamiento lógico-matemático estricto resulta inaplicable. “Mi posición al respecto —dice la autora— es que hay que defender el abordaje del objeto lingüístico a través de metodología que no sean exclusivamente las de las ciencias exactas” (p. 12).

En el centro de esta discusión está el problema de la variación en el ejercicio del sistema lingüístico (Benveniste). Para la lingüística blanda —representada principalmente por la sociolingüística, la pragmalingüística y el análisis del discurso—, la variación que se observa en el lenguaje, es decir, la existencia de formas alternantes cuya sustitución aparenta no cambiar el “sentido”, no es un mero accidente que se debe a la puesta en uso del sistema, sino una característica constitutiva de las lenguas naturales. “Ubicándose desde este ángulo, lo que hay que hacer es pensar cómo desarrollar una teoría, una metodología que permita estudiar este fenómeno, presente en todas las lenguas naturales” (p. 13)

A partir de este propósito general adquieren sentido los contenidos sustantivos del libro. Como se ha mencionado, el espectro de autores, corrientes y disciplinas es muy amplio. Se dedican capítulos a la etnografía del habla, la lingüística funcional y la semántica lingüística de O. Ducrot; a la teoría de los actos de habla de Austin y Searle; la lingüística pragmática, los estudios sobre cohesión del texto de Halliday y Hasan, y el análisis conversacional de Sacks, Schegloff y Jefferson. Todas son temáticas relativamente novedosas dentro de la bibliografía sobre lenguaje y contexto que circula en lengua castellana, por lo que trabajos de este tipo son, de entrada, bienvenidos.¹ La fortuna con que es tratado cada uno de los planteamientos varía, al parecer, de acuerdo con la pertinencia que presenten con relación al enfoque de la autora, destacándose las síntesis de las propuestas de la semántica generativa (cap. iv), la teoría de los actos de habla (cap. v), y los trabajos de Grice sobre las implicaturas y las máximas conversacionales (cap. vi).

El capítulo vn, cuyo tema es el discurso argumentativo, ofrece una posibilidad privilegiada para establecer las bases de la “propuesta personal” de Lavandera. De hecho, esta parte del libro resulta la más desarrollada desde el punto de vista metodológico.

La autora parte del concepto de texto, entendido como lo producido en un determinado momento del discurso. “Discurso será entonces simplemente habla emitida y habrá momentos en que hablaremos de la *situación de discurso* y momentos en que hablaremos del *discurso* mismo” (p. 10). En este sentido, texto y discurso son la unidad empírica para el estudio de la variación lingüística, dentro de la cual los recursos argumentativos constituyen un dato de alta significación cognitiva e interaccional.

¹ De los pocos que circulan en México podríamos mencionar: Jorge Lozano *et al.*, *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción intertextual*, Madrid, Cátedra, 1982, y Rainer Enrique Hamel, *Análisis conversacional. Un método de análisis sociolingüístico y pragmático con algunas proposiciones de investigación en México*, México, CIESAS, Cuadernos de La Casa Chata núm. 79, 1983.

Desde la perspectiva de la lingüística del discurso, el tipo de trabajo que propone Lavandera define el objetivo fundamental de su estudio de la contribución de las señales lingüísticas al proceso general del discurso situado. Dicho estudio tiene como soporte general el siguiente planteamiento conceptual:

1) Los textos han de ser considerados como “procesos dinámicos que tienen lugar en el tiempo, y no como productos terminados, con una estructura que hay que descubrir. Además, ese desarrollo en el tiempo es un desarrollo con tensiones. . . El hablante va hablando y al hablar van surgiendo de su habla misma nuevas necesidades a las que tiene que ir respondiendo” (p. 117). Para Lavandera; el locutor y el interlocutor van cambiando de posición, de roles y de punto de vista a medida que hablan. Esto lo denomina como la tensión dialéctica característica de toda práctica discursiva.

2) Todos los actos comunicativos verbales requieren la interacción de medios lingüísticos con otro tipo de repertorio o de conocimiento. Tal interacción es lo que constituye el aspecto creativo del uso del lenguaje. Éste consiste, justamente, en la interacción de lo lingüístico con lo que no lo es: conocimientos, creencias, etcétera.

3) La tensión entre recursos lingüísticos y texto se analiza desde una perspectiva situacional del discurso cuyo concepto clave es el de interacción cara a cara. No es gratuito que aparezca en forma recurrente el nombre de Erving Goffman cuando se busca especificar la forma en que el dato sociológico se integra en la triada básica “recurso lingüístico/texto/situación de interacción”.

4) Hay una serie de áreas dentro de los sistemas lingüísticos que resultan clave para la lingüística del discurso (se trata de los “recursos lingüísticos” mencionados arriba). Las áreas que más contribuyen a la interacción con conocimientos no lingüísticos son, entre otras, la pronominal, la inflexión verbal (modo, tiempo, aspecto, etc.); la utilización de las voces (activa, media y pasiva); los modos de incorporar al otro en el relato (discurso directo, indirecto, etc.); el orden de las palabras, los conectores, los modos de relacionar los discursos, y, de manera relevante, la entonación.

Como es manifiesto, la línea general de análisis que propone la autora se ubica dentro de la vertiente procesual-interaccional de la sociolingüística, distinguiéndose en aspectos importantes del modelo clasificatorio basado en el análisis de los componentes de la comunicación² y del modelo covariacionista, cuyo representante característico es el Labov de *Sociolinguistic Patterns*.³

² Cfr. Dell Hymes, “Models of Interaction of Language and Social Life”, en John J. Gumperz y Dell Hymes (eds.), *Directions in Sociolinguistics. The Ethnography of Communication*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1972, pp. 35-71.

³ Cfr. William Labov, *Modelos sociolingüísticos*, Madrid, Cátedra, 1983.

No obstante su brevedad, la aplicación de la propuesta de Lavandera que encontramos en el capítulo viii ilustra con mucha claridad el tipo de conocimiento *sociolingüístico* que aporta. También permite captar el sentido general del tratamiento de los diversos autores que hemos mencionado; se hace evidente que todos ellos trabajan, con mayor o menos fortuna, para alcanzar el objetivo de comprender cómo se produce el significado social a través de medios lingüísticos en el habla situada. Consecuentemente, la llamada lingüística para el análisis del discurso recupera diversas aportaciones disciplinarias, pero define un campo de trabajo y un objeto de estudio bastante delimitados.

De esta manera, al evitarse la postulación apriorística de un sistema lingüístico homogéneo y de un hablante-oyente ideal al estilo chomskiano, la variación lingüística socialmente significativa aparece en el texto concebido como una entidad dinámica, sometido a las tensiones de un contexto discursivo reconstruido minuciosamente con conceptos provenientes de la psicología cognitiva, la sociología fenomenológica y la filosofía del lenguaje. Por otra parte, el énfasis en el aspecto lingüístico predispone el método de análisis a una aplicación a las lenguas naturales, tal como son usadas en situaciones cotidianas espontáneas. Los textos que ahí se producen, reacios a una perspectiva de análisis desde una disciplina única, son iluminados por la interacción de los diversos enfoques que Lavandera pone en juego y cuyos resultados a mediano y largo plazos resultan más que prometedores.

Sin embargo, existe una limitación en el fundamento sociológico de la propuesta que nos ocupa. Es cierto que la sociología fenomenológica (Goffman, por ejemplo) constituye una vía de escape a la *reificación* de las estructuras sociales, dentro de la que todo estudio de las prácticas discursivas y la interacción social es derivativo y epifenoménico, mero reflejo de la realidad única de las estructuras macrosociales o de los "aparatos ideológicos de Estado".⁴ Pero al mismo tiempo este interaccionismo simbólico —presente en buena parte de la investigación sociolingüística en los países de habla inglesa— desalienta, y ése es su gran defecto, una reflexión sistemática sobre el uso del lenguaje que vaya más allá de lo meramente situacional y se vincule a la dinámica institucional, sociocultural y política, que es lo que en última instancia otorga significado a una lingüística orientada hacia una comprensión totalizadora del lenguaje como fenómeno social e histórico.⁵

GERARDO LÓPEZ

⁴ Cfr. Pierre Bourdieu, "Le mort saisit le vif", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 32/33, París, abril-junio de 1980, pp. 3-14.

⁵ De los trabajos de análisis discursivo que pretenden orientarse en este último sentido, podría mencionarse a Pierre Encrevé y Michel de Fornel, "Le sens en pratique. Construction de la référence et structure sociale de l'interaction dans le couple question/réponse", en *Actes de la recherche en sciences sociales* 46, París, marzo de 1983, pp. 3-30.